

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

XI

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
**2 - CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS
DEL CASCO HISTÓRICO**

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia



2 - Callejeando por los barrios del casco histórico

FRANCISCO SOLANO
MÁRQUEZ
COORDINADOR



INSTITUTO DE
BELLAS LETRAS
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA
1810

Coordinador
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2024

2024

Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

El callejero cordobés,
reflejo de nuestra Historia

2

Callejeando por los barrios del casco histórico

Coordinador:
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA

2024

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
2 / CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS DEL CASCO HISTÓRICO
Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

Coordinador:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Arco Bajo de la plaza de la Corredera

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-129784-0-7

Dep. legal: CO 2208-2024

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com - Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia

2. Callejando por los barrios del casco histórico



La Magdalena, regreso al barrio

ANTONIO VARO PINEDA*
Catedrático jubilado del IES Séneca de Córdoba

*Nombrado Académico Correspondiente de la Real Academia de Córdoba el día 9 de mayo de 2024.

Los veranos en la plaza de la Magdalena tenían todo lo que los niños cordobeses de entre ocho y doce años podían esperar a mediados de los años sesenta del pasado siglo. Los que vivíamos en el número 3 subíamos por las mañanas a la azotea para llenar de agua las piscinas hinchables que nuestros padres nos habían comprado. Hasta la hora del almuerzo jugábamos al sol y entablábamos, con los niños del piso de al lado, refrescantes y festivas batallas usando como armas los chorros de las mangueras. Bajábamos a casa para comer y, a la hora del postre, extraíamos cuidadosamente las pipas de los melones y las poníamos sobre papel de estraza; después de añadirle un poco de sal, las subíamos a la azotea para que el despiadado sol del agosto cordobés las secara y les diera un tueste rudimentario durante las horas más duras de la canícula. Tras la pausa sagrada de la siesta, en la que no debíamos hacer ruido para no molestar a los mayores que cumplían el rito, volvíamos a subir a la azotea; allí nos mojábamos nuevamente hasta que, al atardecer, subían nuestros padres a echar –en torno a unas jarras de sangría– un rato de tertulia hasta la hora de la cena.

La cena en casa era rápida y ligera, porque los niños siempre –y los mayores a veces– esperábamos ansiosos el comienzo de la película. En efecto, el cine Magdalena, que estaba en un ángulo perpendicular a nuestra casa, nos ofrecía perfecta y gratuitamente la mayor parte de la pantalla del cine de verano instalado en la terraza sobre la sala de invierno.

Mi familia mudó su domicilio de la Magdalena a Ciudad Jardín en 1969. La noche en que Armstrong y Aldrin pisaron la Luna fue la primera que pasé en mi nuevo domicilio.

* * *



Exterior del cine Magdalena cuando ya había cerrado sus puertas y solar resultante tras su demolición en 2011, utilizado como aparcamiento. (Fotos A. Varo).



El 20 de marzo de 2011 di un largo paseo a pie por el casco histórico. Mis pasos me llevaron, no sé si de forma inconsciente, hasta la plaza de la Magdalena. El inmueble donde pasé los felices veranos que acabo de describir había sido demolido tiempo atrás, y en su solar se extiende hoy el patio de la sede de la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia). La plaza había cambiado mucho y, pese a su aspecto aseado y fresco, mostraba una triste decadencia. Ese día, lo que más me llamó la atención fue que el edificio del antiguo cine de ese nombre estaba protegido por vallas y, por todas partes, unos simples folios avisaban de que a partir del día 21 de marzo, es decir, el día siguiente a mi paseo, la calle Santa Inés estaría cerrada al tráfico “por demolición del cine Magdalena”.

La contemplación de tan negros augurios reconstruyó en mi mente la plaza de la Magdalena que yo había vivido en mi cada vez más lejana infancia. No era sólo el cine lo que se perdía (llevaba mucho

tiempo cerrado), sino todo o casi todo. Junto al cine había una fábrica de hielo, y en mi memoria se levantaron de nuevo las diarias colas veraniegas de personas –casi siempre mujeres– que, provistas de la “chivata” (una bolsa de malla de plástico o de rafia), esperaban para comprar su media arroba o su cuarto de arroba de hielo para meterlo en ese antepasado pobre del frigorífico que llamábamos “nevera”. En el mismo lado, hasta la esquina de la calle Muñices, se abrió la primera tienda de electrodomésticos de Urende: cine, fábrica de hielo y tienda tenían un mismo propietario, la empresa Sánchez-Ramade, tan recordada en Córdoba por sus múltiples iniciativas. Siempre había niños jugando en el jardín donde hoy retozan algunas parejas adolescentes o descansan jubilados solitarios.

En la esquina de la calle Muñices estaba la Fonda Lara, que acogía sobre todo, en los inicios del boom turístico, a viajantes de comercio; era propiedad de la misma familia que un taxista, llamado Antonio Lara, cuyo vehículo –un Austin de semilujo– paseaba por toda la ciudad una matrícula fácil de recordar: CO-33333; se decía, incluso, que se había reservado de antemano ese número de matrícula. Ya en la plaza, el número 1 lo ocupaba la casa de los Sotomayor, los ricos oficiales del barrio. Era una familia de plateros, y aún recuerdo el día que se presentaron, ante el asombro del vecindario, en un Seat 1500 de color verde pastel que acababan de comprar. Tenía la matrícula CO-41115.

En el número 2 residía doña Pura, una señora mayor, seguramente viuda, que vivía sola y a la que temíamos porque de vez en cuando se caía a su patio la pelota con la que jugábamos en la azotea del número 3: nos dejaba pasar y recogerla, pero antes había que escuchar su riña. Nuestra casa –es un decir, porque todos vivíamos de alquiler– tenía zaguán y patio porticado; había sido construida a finales del siglo XIX y probablemente en ella habría vivido, en su momento, una sola familia bien situada. Entonces se hallaba compartimentada en cinco viviendas. Junto a nuestra casa se hallaba la ermita de San José o del Crucifijo, por aquel entonces cerrada y semiabandonada, quizá para hacer juego con la iglesia fernandina situada justo enfrente. Mis recuerdos de su interior se limitan a una sala oscura y llena de cachivaches, porque era utilizada como almacén de una fontanería. Hoy alberga la biblioteca de la UNED y las estanterías metálicas cargadas de libros cubren parcialmente el inacabado, marmóreo y pretencioso

mausoleo de Miguel Castillejo, de cuyos entresijos alguna vez habrá que dar cumplida cuenta.

Tras la estrecha calle del Crucifijo y hasta la esquina con Ronda de Andújar había dos casas de vecinos. En una de ellas vivía una familia compuesta por un padre viudo y dos o tres hijos; uno de ellos, Pepín, puso un taller de reparación de automóviles, y otro, creo recordar que se llamaba Manolo, fue repartidor de leche a domicilio: a mi madre le llevó la leche, de la recordada marca Colecor, hasta bien entrada la década de los 80, ya en Ciudad Jardín. Frente a ella, con una modesta fuente de por medio, se hallaba el bar conocido como Casa Baltasar, donde fui muchas veces a comprar botellas de gaseosa o de vino tinto. Quizá los azulejos verdes de la barra sean el único elemento en su uso propio de todo lo que había en la plaza hace más de medio siglo.

Frente a la casa donde viví estaba la iglesia de la Magdalena, pero el centro de la plaza estaba ocupado por el jardín. En la esquina nordeste, a pocos metros de mi casa, un mojón de granito situado junto a un árbol merece un lugar en la historia sentimental... y gastronómica de Córdoba: junto a él se instaló por primera vez, en la primavera de 1965, el puesto de caracoles de Manolo “el de la Magdalena”, que andando el tiempo se trasladaría a una zona más amplia. Junto a ese mismo mojón se ponía todas las mañanas, cuando el tiempo lo permitía, un puesto de jeringos en el que trabajaban dos mujeres, madre e hija, que ayudaban a completar el desayuno de muchas familias.



Añeja imagen de la plaza y jardín de la Magdalena antes de sus últimas reformas. (Colección A. Varo).

Mucho tiempo después supe que el jardín tenía sus orígenes en el siglo XIX, ya que antes la plaza era, como tantas otras, un espacio abierto en el que se celebraban ocasionalmente corridas de toros y cañas, como pude comprobar cuando investigué la historia de la Hermandad del Santísimo Sacramento de la Magdalena, que organizó en ella un espectáculo de este tipo a finales del siglo XVII.

En el lado este de la plaza, frente al cine, había unas cuantas casas de vecinos y en una de ellas estaba la tienda de Ángel, un modestísimo establecimiento de ultramarinos que competía con otro similar –Casa Paco– situado frente al ábside de la iglesia. El lado oeste, por su parte, se abría en su centro a la calle Santa Inés: el cine quedaba hacia el norte y el bar Marcelo hacia el sur.



El cierre al culto de la Magdalena en 1956 la condenó a un paulatino abandono que desembocó en su incendio en 1990, lo que propició la reacción de autoridades civiles y eclesiásticas para restaurarla. (Fotos Ladis y A. Varo).



El jardín ha cambiado mucho, y no sólo porque ahora aparece permanentemente rodeado de coches aparcados. En los años setenta, y tal vez ante la desidia municipal, el jardín fue sometido a un importante arreglo, del que corrió la voz que había sido financiado por una señora llamada Pepita Aguilar, madre de la familia Sotomayor Aguilar. No sé si data de entonces la fuente de mármol oscuro que hay en el centro y que sustituye a una altísima palmera que presidía un arriate central circular y sembrado de uñas de león; una planta ornamental, por cierto, que ha sido expulsada de nuestros jardines por invasora y dañina, según dicen los expertos.

Dañino, pero –lamentablemente– no invasor, sino totalmente autóctono fue el abandono a que fue sometida la iglesia, en una decadencia que ya previó Don Teodomiro en 1873 y que se prolongó en una lentísima agonía a lo largo del siglo XX. Tras varias intermitencias de cierres y aperturas, la iglesia se clausuró definitivamente para el culto en 1956, el año en el que nací. Pude entrar una vez en su interior, y el retablo seguía aún en su sitio, como estaba, aunque muy deteriorada, la capilla del Sagrario, que a mediados de los setenta fue demolida sin contemplaciones; en ella había un retablo de estilo rococó que enmarcó durante dos siglos y medio al que hoy llamamos Cristo de la Misericordia. Durante mucho tiempo circuló en voz baja, pero con insistencia, el rumor de que ese retablo había sido trasladado subrepticamente a la capilla del Pazo de Meirás, residencia veraniega de Francisco Franco. Hoy, con el aval de un contundente e inédito informe de Cayetano Melguizo Gómez sobre el tema, podemos desmentir rotundamente esta extendida especie.

* * *

Me gustaba caminar por la serpenteante calleja de Santa Inés. En la plazoleta que formaba con el lateral del cine, un amplio portón de madera daba acceso a una de las numerosas *casas de paso* que jalaban el casco histórico. Tras el portón se abría un patio con flores, colores, ruidos y aromas que inundaban los sentidos. Algunas dependencias eran viviendas modestísimas, otras acogían pequeños talleres artesanos como el de Juan García Conde, tapicero al que mis hermanos y yo llevamos varias veces sillas u otros muebles para que los tapizara.

Por esa calle llegábamos a la confluencia con los barrios de San Pedro y San Andrés, con nombres tan lustrosos como Encarnación Agustina, Duque de la Victoria y Pintor Bermejo que nos hablan de fe, historia y arte. No nos abandonaban en este recorrido el aroma de los guisos, las voces de los vecinos (o de las radios) ni el trasiego de personas que iban y venían. Y lo mismo ocurría en la parte sur del barrio, con el olor a pan del Horno de la Magdalena, en la calle Ancha, o el sonido de los talleres de platería en la de Arenillas...



Aspecto de las callejas de Santa Inés, algunos de cuyos antiguos edificios –entre ellos el convento del mismo nombre– son hoy solares sin edificar. (Foto FSM).



Perspectiva de la calle Arenillas, que antaño se caracterizaba por el sonido de los talleres de platería. (Foto A. Varo).

Si me he detenido de forma quizá un tanto prolija en la evocación de la plaza y el barrio de la Magdalena que yo viví de niño es porque la contemplación de su aspecto actual, tan anodino, despierta en mí aquellas sensaciones y recuerdos que, en realidad, son lo único que me une al barrio.

He dicho antes “la Magdalena que yo viví de niño” y no “la Magdalena *en la* que yo viví de niño”. Eran tiempos en que los barrios, los del casco histórico quiero decir, no eran sólo ni principalmente lugares o entornos *en los que* se vivía, sino entes superiores –el primer ente social más allá de la familia y los vecinos inmediatos– de los que, en realidad, formábamos parte sin haberlo buscado.

Han cambiado los tiempos y, actualmente, los niños que tienen los años que yo tenía entonces –entre ocho y doce– carecen de ese tipo de experiencias. Naturalmente no voy a juzgar ni a decir si eso es mejor o peor que lo que yo viví. En este sentido, le doy la razón a la repetida copla de Jorge Manrique que afirma que “cualquiera tiempo pasado / fue mejor”, y no porque objetivamente sea verdad, sino porque el propio poeta escribe, inmediatamente antes, un sintagma que se omite siempre pero que precisa el alcance exacto de su afirmación: “...a nuestro parecer; / cualquiera tiempo pasado / fue mejor”. “A nuestro parecer”, el único que tenemos.

* * *

El tiempo fue pasando. La antigua iglesia se convirtió en un antro de okupas e indeseables y tuvo que producirse el terrible incendio de 1990 para que las autoridades civiles, y sobre todo las eclesiásticas, cayeran en la cuenta de su existencia; claro que sin ese incendio no la tendríamos hoy restaurada y limpia.

Quizá el desaparecido cine simbolice, tanto como la antigua iglesia, la degradación y decadencia del barrio. Llegó la Transición. No sé si fue después o poco antes de la muerte de Franco, el caso es que por esos años el local se reconvirtió en una de las llamadas “salas de arte y ensayo”, en las que se ponían, casi siempre en versión original con subtítulos, películas más o menos pretendidamente intelectuales y/o experimentales. La despoblación paulatina del barrio y la renuncia al cine más comercial, que se reservó a los cines del centro, empezó a mermar la asistencia a la sala. En cualquier caso, también fui a ver alguna de esas películas: creo que una de ellas fue las versiones de Pasolini de *El Decamerón* o de *Las mil y una noches*: sea cual fuere recuerdo que me desagradó; también vi el *Satiricón* de Fellini, que tampoco me hizo mucha gracia. Ofreció asimismo ciclos monográficos, como los dedicados a Woody Allen o a Monthy Pyton; de vez en

cuando proyectaba película clasificadas “S”, que era en aquel tiempo el aviso de que un film tenía escenas sexuales más o menos explícitas (más menos que más). De “S” pasó a “X”, antes de la *democratización* del cine pornográfico. Durante un tiempo, ya cerrada la sala de proyecciones, fue utilizado como local de ensayos y “conciertos” (es un decir) de grupos de música (es un decir) moderna y *alternativa* y espacio donde corrió el *caballo* hasta su abandono definitivo y su demolición en 2011.

El tramo de la calle Santa Inés que desemboca en la plaza de la Magdalena ofrece hoy un aspecto deplorable. Dos enormes solares escoltan a quien hoy se adentra en la calle; en la parte sur, el que ocupara el cine es *de facto* una apretada zona de aparcamiento, y en la izquierda, el espacio ocupado por varias casas –en una de las cuales estuvo la primera sede de la empresa Albus, destinada a la venta de material de laboratorio– deja ver borrosamente restos arqueológicos entre una maraña de secos jaramagos. La casa de paso de que he hablado más arriba está cerrada y abandonada en su acceso por esta parte, mientras que la otra, que se asomaba a otro tramo de la calle, ha sido reemplazada por una casa de *nueva* construcción frente a la plaza del Pintor Emilio Serrano, que recibe su nombre de un artista vecino del barrio de Santiago fallecido en 2012 y creador de una amplia y exquisita obra. Si se alza la vista se observa la parte trasera del amplio inmueble donde se hallaba el Bar Marcelo, y el aspecto semiabandonado de una azotea hace sospechar que es o ha sido recientemente residencia ilegal de unos “okupas”, aunque ahora su fachada presenta un reciente lavado de cara.

En todo este tiempo, la casa de los Sotomayor Aguilar absorbió las dos siguientes y la ermita del Crucifijo, malvendida –como tantos bienes del patrimonio eclesiástico de Córdoba– por el obispo Cirarda en los nefastos años del llamado “posconcilio”. Con el cambio de siglo pasó a manos de Cajasur y acogió con brevedad un centro de restauración de obras de arte, antes de pasar a su destino actual. *Sic transit.*

El mismo triste destino siguieron casi todas las casas de todas las calles del barrio: pasear hoy por Arenillas, Santa Inés, Borja Pavón o Ancha de la Magdalena es encontrarse unas calles silenciosas, tranquilas o incluso mortecinas si queremos, que sólo cobran vida, en ocasio-

nes como el Concurso de los Patios para visitar el de la plaza de las Tazas.

Se perdieron los colores, los aromas y los ruidos, y a una hasta le descafeinaron el nombre: la calle que ocupa el lado sur de la iglesia se llamaba “Cementerio de la Magdalena” porque, como todas las parroquias antiguas, tenía al lado su pequeño camposanto. Hoy, quien recorra esa escueta vía sólo verá el nombre de “Magdalena”, como si alguien hubiera querido ahuyentar el recuerdo de lo único absolutamente inevitable que hay en la vida.

Por ella se accede a la calle Palarea, que me lleva a la de Arenillas, en cuyo número 10 queda el recuerdo de una capilla doméstica del Niño Jesús de Praga que más de una vez llevé a una de sus vecinas. La calle Arenillas es como de pueblo, con fachadas blancas y zócalos de color albero. Desemboca en la plaza de las Tazas, tregua de anchura relativa y azahar absoluto cuando es su tiempo, sede de patios con solera y conexión, a través de la calle Pintor Emilio Serrano, con el ensanche de la calle Santa Inés.



Plaza de Regina, donde convergen los barrios de la Magdalena, San Pedro y San Andrés. (Foto A. Varo).

Un doble tacón me abre en pocos metros la plaza de Regina, donde se borran las fronteras entre los barrios de la Magdalena, San Pedro y San Andrés. Hace sol, la sombra es agradable y la taberna de este nombre está abierta, con mesas en la calle. El albero del zócalo de la calle Arenillas se ha tornado azulón casero, del que se hacía con leche y “azulillo” de la ropa. No me queda más salida que sentarme y to-

marme un medio –“fresquito”– para posar y macerar en jugo de Baco mis recuerdos: entre mis diez y mis trece años pasé con mucha frecuencia por esta plaza, hasta cuatro veces al día, casi siempre con prisa. Eran los años en que había que ir a pie desde mi casa de la Magdalena hasta el Instituto Séneca, había clases mañana y tarde y no existían lujos como el transporte escolar.

Ahora me detengo aquí, quizá por primera vez en mi vida sin prisa. Doy un sorbo al fino de Montilla y miro lo que queda de la iglesia del antiguo convento. El regusto del vino me hace recordar que esa iglesia, tras su abandono, tuvo varios usos *non sanctos*: quizá el más perdonable de ellos fue cuando sirvió como bodega. Tras la preceptiva maldición mental a la memoria de Mendizábal, observo que un cartel, colocado hace unos cuantos años y ya bastante ajado, anuncia una inversión de no sé cuántos miles de euros para la recuperación del recinto. Como tantas cosas de Córdoba y su patrimonio, la recuperación del convento de Regina es una vieja cantilena que se repite a cada cambio de Gobierno municipal, pero que siempre queda como asignatura pendiente, preterida por otros proyectos más *urgentes*, más *importantes* o, seguramente, más *rentables* en términos electorales.

La densidad de las sombras le para los pies a este sol de junio, y siento una dulce nostalgia –perdón por el oxímoron– cuando caigo en la cuenta de que, en pocos metros, el callejero evoca tres conventos femeninos que el tiempo se llevó: Regina Coeli, la Encarnación Agustina y Santa Inés. Hace unos meses, leí por curiosidad –en el archivo parroquial de San Pedro– unos cuantos legajos del primero de los citados, de finales del siglo XVII. El papel de los antiguos documentos crujía en mis manos, como si las que los escribieron quisieran hacer un gesto sonoro que conjurara el olvido. Leyendo esos escritos me sorprendí entonces de la vitalidad espiritual y económica que llegó a alcanzar el antiguo cenobio, y me detengo ahora, con sabor de vino fino en la boca y color de piedra, sombra y cielo en las pupilas, paladeando la enorme belleza que ofrece –a quien sabe degustarla– la decadencia irremediable de las cosas que alguna vez fueron grandiosas.

Termino mi medio, pago la consumición y enfilo Encarnación Agustina, ya en los límites del barrio; quiero volver a la Magdalena por Santa Inés. El acceso por la calle Pintor Emilio Serrano, ya citada, convierte en plaza lo que no era más que un retranqueo, y siempre que paso recuerdo un Biscúter, seguramente propiedad de un vecino, que

aprovechaba la mayor anchura para aparcar. Inmediatamente la calle serpentea, dibuja una curva de noventa grados que es una prueba de habilidad para los conductores que se atreven a adentrarse y desemboca en la triste confluencia de solares descrita más arriba.



Vista actual de la plaza de la Magdalena, epicentro de un barrio que ha cambiado bastante en las últimas décadas, lo que despierta la nostalgia del autor. (Foto A. Varo).

Paso por el aparcamiento *de facto* en que se ha convertido el solar del cine. Se acerca ya la hora del almuerzo. Brilla el sol y el silencio sólo se rompe con el trino de unos pájaros. ¡Con la de ruido —pienso— que hemos hecho de niños en este mismo sitio! Me detengo y cierro los ojos: “Les souvenirs, c’est comme au cinéma, il faut d’abord faire l’obscurité pour y voir clair”, en palabras de Alain Montcouquiol *Ni-méno I*. (‘Los recuerdos son como el cine, hay que estar a oscuras para ver con claridad’). Ahora se proyecta en la pantalla de la memoria, como una película descolorida, el recuerdo de las sesiones infantiles de los domingos a las tres y media de la tarde; creo recordar que la entrada costaba seis pesetas, quizá menos, y la sala se llenaba no sólo en sus butacas, sino en los pasillos, con varios cientos de niños que, de principio a fin de la proyección, hacíamos un griterío deliciosamente

infernual –o infernalmente delicioso– mientras en la pantalla se mostraban las malicias de Fu-Manchú, aplaudíamos con fuerza la irrupción del Séptimo de Caballería para defender de los indios a una diligencia en medio del desierto o nos emocionábamos con Bambi en una naturaleza llena de dibujos.

Abro los ojos y la luz me molesta. Estoy otra vez en la plaza. Ahora mi atención se va hacia una de las esquinas, exactamente la situada al nordeste. El perímetro del jardín está cerrado con coches aparcados, y semiescondido detrás de uno de ellos encuentro lo que busco: es el modesto mojón de granito gris junto al que Manolo abrió el primer puesto de caracoles de Córdoba, donde dos señoras, madre e hija, vendían sus jeringos ensartados en juncos.

El niño que, a mediados de los años sesenta del pasado siglo, lo tenía todo para ser feliz en la plaza de la Magdalena, es hoy un hombre que siente, cuando vuelve al que fue su barrio durante cuatro años, que en esta plaza sólo le queda la nostalgia, nada más que la nostalgia. Y nada menos.

ANEXO

Breve explicación de los topónimos del barrio de la Magdalena

por Francisco Román Morales

Ancha de la Magdalena (compartida con Cerro de la Golondrina). Según Escobar Camacho, la actual calle Ancha de la Magdalena, con toda probabilidad, fue conocida en la segunda mitad del siglo XV con el nombre de calle Real o Mayor de la Magdalena, por ser la más amplia de todas las existentes en la collación.

Arenillas. La calle mantiene este nombre desde los primeros años del siglo XV, tomándolo de Juan Fernández de Arenillas, caballero que vivía en ella, según afirma don Teodomiro.

Crucifijo. Esta callejuela toma su nombre de una hermandad titulada del Santo Crucifijo, fundada hacia 1496 en la ermita de San José de la plaza de la Magdalena (1385).

Francisco de Borja Pavón. (Córdoba, 1814-1904). Farmacéutico de profesión y gran erudito. Cronista de la ciudad, en 1902 fue nombrado correspondiente de la de Academia de Buenas Letras de Barcelona y, por el Gobierno, comendador de número de la Orden de Alfonso XII.

Jesús del Prendimiento, plaza. Nuestro Padre Jesús, Divino Salvador, en su Prendimiento, es el titular cristífero de la hermandad salesiana de dicha advocación, fundada en 1952 por un grupo de antiguos alumnos del colegio.

Magdalena, plaza. Recibe el nombre del templo fernandino que la preside, el más antiguo de cuantos fueron construidos en la ciudad tras la conquista castellana. Acogió proclamaciones de reyes, se corrieron cañas y funcionó como eventual coso taurino.

Muñices. El origen del nombre actual proviene del apellido Muñiz de Godoy, pues en la casa número 8 de esta calle se situaba la casa principal del mayorazgo, fundado en 1464. Tras convertirse en casa de vecinos, en la actualidad, es la sede del colegio público San Lorenzo.

Palarea. Para Ramírez de Arellano el topónimo Palarea alude al apellido de un antiguo vecino de la misma, aunque el investigador Juan Galán afirma que el nombre real sería el de “Paralela” (a ancha de la Magdalena).

Pintor Emilio Serrano. Emilio Serrano Ortiz (Córdoba, 1945-2012). Profesor titular de Pintura en la Facultad de Bellas Artes de Barcelona. Entre 1985 y 1998 imparte clase en la Escuela de Artes y Oficios Mateo Inurria. Crea la Asociación de Grabadores de Córdoba. En 1999 es nombrado Académico Correspondiente y en 2006 Numerario.

Rastrera, calleja. Según Ramírez de Arellano el nombre provendría de una vecina de esta calleja, que habría ganado gran cantidad de dinero en el rastro. En el plano de los franceses tiene intercambiado el nombre con la calle Palarea.

Ronda de Andújar (compartida con San Lorenzo y Cerro de la Golondrina). El nombre proviene de su proximidad a la puerta del mismo, hoy desaparecida, que estuvo situada a la entrada de la plaza de la Magdalena.

Santa Inés. El convento de monjas franciscanas fundado en 1475 por las hermanas Leonor y Beatriz Gutiérrez de Membrilla, religiosas de Santa Clara, será el origen de este topónimo.

Cementerio de la Magdalena. Al igual que todas las parroquias de la ciudad, la iglesia de la Magdalena contó con un cementerio en el que eran enterrados sus feligreses y que estaría situado, aproximadamente, a la altura de esta calle.

Tazas, plaza. El nombre proviene de la existencia de una antigua alfarería, aunque para Ramírez de Arellano también podría tener su origen en un taller en el que se labraban “las mejores tazas o empuñaduras para las espadas”.

Este callejeo por el casco histórico se concibe como una serie de paseos descriptivos por los barrios tradicionales que surgieron a partir de la conquista cristiana en torno a las parroquias fernandinas; un periodismo de inmersión en los barrios que conjuga descripciones, evocaciones históricas, referencias artísticas y testimonios de variada índole, con la aspiración final de ofrecer unos textos divulgativos e ilustrados al alcance de todo tipo de lectores. Los trabajos originales fueron expuestos por los autores –periodistas vinculados a los tres diarios cordobeses 'de papel', académicos en su mayoría– a lo largo de un ciclo celebrado en noviembre de 2023 y ahora recopilados en estas páginas que pretenden salvarlos de su fugacidad. La inclusión en la colección que la Real Academia de Córdoba dedica a Teodomiro Ramírez de Arellano coincide con el 150 aniversario de la publicación escalonada de los *Paseos por Córdoba*, una obra popular y de referencia, y por tanto pretenden rendir homenaje a tan preclaro cronista.

Entre las singularidades que el Presidente de la RAC, Bartolomé Valle, aprecia en la presentación de esta obra, la primera es la conceptualización de los barrios de hoy, pues "con independencia de su delimitación administrativa actual, los barrios del casco histórico de Córdoba son un balcón a la Edad Media, un reflejo de las collaciones y que cuando los mencionamos, en realidad, aludimos a la parroquia matriz en torno a la cual se integra el callejero y aglutina la feligresía. En realidad se trata de parroquias con barrio que integran la paradoja aparente de un vecindario cristiano que habita sobre un parcelario de morfología musulmana".

